

LUIS ROMEU, PBRO.

VIRTUALIDAD DE LA CANCIÓN POPULAR.

Discurso leído en la VIII Fiesta de la
MÚSICA CATALANA,
celebrada el día 10 de Julio de 1920.

- 5 -

= VIRTUALIDAD DE LA CANCIÓN POPULAR. =

Discurso leído en la VIII Fiesta de la Música
Catalana, celebrada el día 10 de julio de 1920.

Dice un adagio popular: "De la abundancia del corazón habla la boca." Cuando él lo dice, sus razones tendrá para afirmarlo. Pero, ¿os aconteció alguna vez sentir el goce de la belleza con una fuerza tan viva que, anulando el valor de cuanto nos rodea, trueca en nada todo lo del mundo, y en voces muertas las palabras con que intentamos expresar aquel cordialísimo placer, aquella fruición espiritual tan profunda y tan íntima? No es verdad que en tales casos sería más veraz el refrán si dijese que "la abundancia del corazón cierra la boca?..."

Esta sensación de impotencia de la palabra para comunicar a los demás el placer que sentimos experimenté por vez primera, siendo yo aún jovencito, al teclear sobre el piano la colección de canciones catalanas del maestro Alió; y me ha invadido siempre que una canción popular hiere las cuerdas de mi alma y hace revivir en mí el sentimiento patrio. Y hoy la siento más viva que nunca, precisamente hoy que la benevolencia de los amigos, y quizá el imperioso mandato del caudillo, alzáronme a este inmerecido lugar, para que os hable de aquello que nunca acerté a explicarme por qué constituye el único ensueño de mis amores: la canción popular.

Afortunadamente siempre consideré esta Fiesta de la Música Catalana como una fiesta familiar; y al verme ahora rodeado por la muchedumbre de sus devotos, reunidos en el sancta sanctorum del hogar solariego para festejar a los ungidos por la gracia de la inspiración, siento hondamente nuestra ideal fraternidad, y sé que vosotros, buenos hermanos, os haréis

cargo perfectamente de que quienes tan alto me levantaron no pudieron hallar en mí algún merecimiento, como no sea mi reverente devoción al ~~ORENÉ~~ CATALÁ y a su obra, y mi afecto filial hacia el maestro que, llevando la batuta del 'ORFEÓ', lleva asimismo la del renacimiento del arte patrio, hasta bajo el singular aspecto de la música eclesiástica. El fué quien me dijo que preparaban la fiesta y que habían pensado en mí. No me valió excusarme; dióme gracias anticipadas, y aquí me tenéis, sin más bagaje que un hato de buena voluntad.

Hará como unos veinte años. Entraba yo por aquel entonces en el uso de la razón musical, y veía que los grandes maestros predicaban la necesidad de volver al canto popular como a la fuente cristalina de la perdida inspiración, porque la canción del pueblo era la raíz ~~án-~~juta de la cual debía brotar toda música, por muy sabia y remilgadísima que fuese. Y me decé yo: ¡caso rarísimo, en verdad, que lleve tanta miga una cosa tan pequeña! Es más: oía afirmar al venerable maestro Pedrell, en la primera fiesta de la Música catalana, que si las obras señeras de Wagner, Beethoven, Schumann, Bach, Palestrina, Victoria, etc. viven la eterna juventud de la inmortalidad, es porque sus autores supieron escuchar despiertamente y con el alma en gracia la voz de los pueblos, y murmuraba aún para mis adentros: "Atiza! Que no haya en todo esto su migaja de pasión"... Pero el maestro Pedrell es varón de muy largos alcances y salía al encuentro de mi ironía maliciosa y escéptica declarando que aquellos conceptos pindáricos no eran fruto de su mollera sino palabras textuales de un tal Herder. "Chitón!" me dije entonces. "Llega éste de tierras muy lejanas... Callemos..." Pero interiormente seguía dudando.- Escuchaba después, en la cuarta fiesta, al maestro Nicolau, clamando contra quienes pretendían hacer arte europeo, mundial, universal, llegando a lanzarles este valentísimo reto:

"Decíame el nombre de un músico que haya conmovido el mundo sin hacer arte de su tierra..
Quedé sumido en un piélago de dudas. Creía yo que la universalidad era el sueño dorado,
algo así como el summum de gloria para un artista, y no cabía en mis entendederas que sur-
giese ella de una cosuca tan labriega y tan casera como los cantos y bailes populares.

Finalmente, por si la autoridad de los maestros no bastara, slióme el Padre Santo con la
misma canción. Todos sabéis que Pío X, de suavísimo recuerdo, en su Motu proprio, erigió el
Canto Gregoriano en prototipo de la música eclesiástica. Este acabó de desorientarme. ¡El
canto gregoriano justamente, que no me parecía tan bello, ni por pioso, como la canción popu-
lar; que se me antojaba triste e incapaz de gloriosos destinos!...

Mi confusión era horrible; pero, a Dios gracias, jamás llegué a pensar que pudiese el Pon-
tífice señalarnos una orientación desorientada; y ésta fué mi áncora de salvación. La fe en
el Papa dióme la fe en los maestros, la fe en los maestros dióme el conocimiento de mi pe-
queñez, y la humildad silenciosa me señaló un camino: el estudio. Era preciso meditarlo se-
riamente. El tiempo ha resbalado sobre todo eso que acabo de narraros y el olvido empieza
a tejer sobre ello sus telas impalpables. Año tras año, hilaba yo a mi vez el tejido ingrá-
vido de mis cavilaciones. Al principio sólo creía por el extrínseco señorío de la fe; pe-
ro luego, a fuerza de leer y estudiar con la mejor voluntad cuantas ponderaciones pude alle-
gar de los grandes maestros, alcancé a creer por la íntima necesidad de la razón; era ya un
convencido. Convencido sinceramente de que la canción popular y el canto gregoriano son
la levadura sacra que contiene toda virtualidad musical, porque, en el arte de los sonidos
son lo único que ha bajado del Cielo.

-4-

¿Qué es la Belleza? Es aquello que nos emociona agradablemente. De arte que nosotros no somos la persona agente; es ella quien nos emociona. El hombre, pues, no es dueño de disfrutar cuando quiera de la belleza; la emoción le llega de afuera.

Mas, de dónde procede la belleza?...Pero no nos precipitemos, porque aún no hemos dicho qué es la belleza!... ¿Qué es aquello que nos emociona?...Confesémoslo, señores; hemos llegado a los umbrales del misterio. Creo que nadie pudo jamás explicar por qué es bella una canción. Es bonita porque nos gusta, y nos gusta... porque es bonita. Eso es todo.

Aquí sí que viene al dedillo la expresión del seráfico Doctor San Buenaventura cuando dice del divino amor: "Por doquier el amor me rodea y no sé aún qué cosa es el amor." Por doquier nos rodea la belleza y no sabemos aún qué cosa es la belleza!

Porque la belleza, amigos míos, ha bajado del Cielo.

Plúgole a Dios, Belleza increada, sembrarla a manos llenas por el Universo. Todas las criaturas son naturalmente bellas porque son como un espejo de las divinas perfecciones. Por eso nuestros sentidos no pueden reposar en la Naturaleza sin dar con la hermosura.

Quiso también Dios, omnipotencia infinita, crear el ^mhombre a su imagen y semejanza, e infundióle, con el divino hálito, un alma inmortal destinada a gozar eternamente de la belleza increada y capaz de gustar, ya en este mundo, la hermosura creada.

Y del mismo Dios, inmensa bondad, recibió el hombre la luz de la razón, y el alma humana, sumida en el misterio de la belleza y como hechizada por el objeto que le proporciona tan subido placer, copia, imita, combina, y hasta a veces parece que mejora, porque saca admirables consecuencias de los modelos que la Naturaleza le ofrece, y si me permitís la palabra, os diré que el hombre crea así las bellas artes.

-5-

Quede, pues, bien sentado que la Naturaleza es el modelo supremo, es el único modelo de las bellas artes humanas.

¿Cuál es el modelo que nos ofrece la Naturaleza para el arte de los sonidos? Todo elemento sonoro que en la Naturaleza se produzca, merced a su Criador.

Dejando a un lado ruidos de toda clase, como los silbidos del viento, los gritos de los animales, los bramidos del mar, los suavísimos cánticos de las avecillas, etc. etc., a pesar de que todos poseen una belleza más o menos emotiva y son por ende riquísimos modelos para el ornato del arte musical, nos fijaremos en la voz humana, empezando por la inarticulada.

El simple sonido de una carcajada puede comunicarnos un sentimiento.

Pero conviene notar que en todo lo de la Naturaleza hay ⁱⁿ afinidad de matices. Así sucede con frecuencia que no sabemos precisar por el son de una risotada la naturaleza del sentimiento que la inspiró, sino que para averiguarlo necesitamos observar el rostro de nuestro risueño compañero. Y ved cómo una misma Naturaleza nos ofrece en tal caso un ejemplo de asociación de dos bellas artes - el son de la carcajada y la plástica de la cara, producidas en una misma persona y con suma sencillez.

Otro caso. Suponed que visitáis una familia completamente desconocida para vosotros, y que mientras esperáis en el recibidor, oís un gemido que se repite con mayor o menor intervalo...

Preguntaréis a boca de jarro, a la persona que os reciba cómo se encuentra el enfermo?... Quizá no os atreváis a tanto. Probablemente os limitaréis a preguntar si tienen algún enfermo. Por qué así? Porque los gemidos que oísteis os comunicaron tristeza, mas no os dieron a entender la causa de ésta. Ignoráis si el sufrimiento procede de enfermedad o de cualquier pena moral.

Esto nos enseña que la música puede, ciertamente, comunicar sentimientos, pero llega con dificultad a especificarlos. De suerte que para entender ciertas obras de música sola, es preciso leer su argumento antes de escucharlas.

Vayamos ahora a nuestro caso.

La canción popular y el canto gregoriano, son modelos que nos ofrece la Naturaleza o entran ya en la esfera del arte, ¿frente de la humana ciencia? No sólo son los modelos más propios entre los que la Naturaleza presenta para el arte musical; son la misma Naturaleza hecha música. Son música porque los engendró una combinación de sonos, y son naturaleza porque los produjo la inspiración sin auxilio de la ciencia.

Se ha discutido prolijamente si la melodía popular es hija de la gregoriana o viceversa. Dífía yo que semejan dos hermanas gemelas, hijas de la madre Naturaleza. Tuvieron comienzo con la fábrica del mundo, brotan sin cesar de sus entrañas y no callarán hasta que enmudezca el universo porque son la encarnación viviente del misterio de la belleza en el orden gigantesco de los sonidos: son la misma naturaleza hecha música.

Por eso son populares.

La palabra popular encierra la idea de multitud. No podemos aplicarla, pues, al origen de la canción, porque sería absurdo suponer que la tal canción fué dictada por un conjunto de personas. Al decir canción popular no expresamos más que una de sus condiciones características: queremos significar que pueden gustarla personas de toda clase. Y digo de toda clase, así, en absoluto, porque la idea de muchedumbre expresada por la palabra pueblo incluye a todos los

-7-

constituyentes de una raza.

Esta característica, o este efecto, si así os place, de la canción popular limita su causa, excluyendo del origen de la canción cualquier idea de ciencia estudiada, y porque, ello es evidente, si la canción fuese fruto de ciencia aprendida no podrían gustarla los ignorantes. Y caeríamos en otro absurdo: la canción popular no lo sería ni por su origen, ni por sus efectos.

Siempre fué difícil precisar el verdadero sentido de la palabra popular: vamos bordeándolo sin alcanzar nunca su misteriosa profundidad: aún no se halló la definición intrínseca. Y no se halló precisamente porque todo lo popular está en contacto, o por mejor decir, se confunde, con el misterio de la hermosura bajada del Cielo.

Es el hombre una de las bellezas de la Creación. Y sin valerse de ninguna ciencia estudiada, merced únicamente a la inspiración, el hombre tararea, el hombre canta. He ahí el origen de la canción popular y del canto gregoriano. Decidme si ese origen, de puro natural, no se confunde con la naturaleza. Y confundiéndose con ésta ¿cuáles serán las características de la canción popular sino las mismas de su gentilísima madre, la belleza natural?

Y qué rasgos distinguen la belleza natural de las bellezas que hallamos en las obras que produjo el estudio humano? Dos tan sólo; y podemos enunciarlas así:

La belleza natural gusta a todos y gusta siempre.

Digo que gusta a todos porque la sienten y agrádanse de ella personas de toda condición, así los sabios como los ignorantes: y digo que gusta siempre porque ni pasa con las modas transitorias, ni cansa jamás, antes por el contrario permanece siempre igualmente sabrosa, y es tan duradera su hermosura que cuando nosotros no existamos, ella será hermosa todavía.

Podemos, pues, afirmar sin temor de equivocarnos, que la canción popular y el canto gregoriano

como buenos hijos que son de la madre Naturaleza caracterízanse al igual que ella porque gustan a todos y gustan siempre. Podría señalaros aún otras condiciones propias de la canción popular y del canto gregoriano; pero no es menester. Tan sólo quisiera demostraros cómo todas están comprendidas en las dos que acabo de enunciar.

En efecto, cuando decimos que una canción nos complace, queremos decir que la encontramos bella; y si es bella, engendra o aviva en nosotros un sentimiento; y no sería bella ni expresaría un sentimiento si no fuese un fruto humilde de pura inspiración. Y cuando decimos que una canción gusta a todos queremos significar que se expresa por unos medios tan sencillos, tan fáciles, tan populares, que viene a ser delicia de las humildes gentezuelas porque no necesitan para entenderla la más mínima preparación, y admira simultáneamente a los sabios que desarrugan los umbríos entrecejos al encontrar tanto meollo en una cosuca tan ruin y al ver resuelto con tanta sencillez el problema de la difícil facilidad. Este carácter la distingue de toda composición musical, porque la obra más artística, más genial podrá tener, si os place, todas las condiciones antedichas, pero nunca la gustarán quienes no se impongan previamente en su tecnicismo.

Decir que una canción gusta a todo el mundo supone que se expresa ella con absoluta espontaneidad. Si será absoluta la espontaneidad de las canciones populares que llegan a constituir el sello distintivo de una sola raza!...

Y afirmando que una canción agrada siempre afirmamos también que su belleza, porque es fruto de una inspiración, porque es espontánea, porque es sencilla, encierra una substancia vital tan recia que ni muere nunca, ni se marchita jamás.

¡Qué de razón llevaban los maestros cuando predicaban que la canción popular es la semilla que vivifica toda la música!...

Podrá objetársenos aquí que no es lícito medir con el mismo rasero la canción popular y el canto gregoriano, pues que éste, tal como lo conocemos después de la restauración, es fruto de la humana ciencia, por donde ni puede considerarse música natural, ni mucho menos modelo ofrecido por la Naturaleza. Es innegable que la ciencia del hombre ha trabajado mucho en la magna restauración de la música gregoriana, hazaña en verdad beneditina; no obstante nunca aplicó aquélla sus afanes a la búsqueda de cosas nuevas o a la invención de otras, sino exclusivamente a resucitar los añejos manuscritos, a saberlos leer, a reintegrar la melodía con toda su nativa pureza.

Aunque la ciencia sigue estudiando algunos detalles del ritmo del canto gregoriano, con todo, podemos asegurar sin vacilación que, si bien la melodía gregoriana se distingue de la canción popular por algunos caracteres de su ritmo, se identifican ambas bajo muchos conceptos.

Renuncio a estudiar detenidamente esta cuestión porque reconozco mi impotencia; me atreveré, empero, a manifestar mi presentimiento de que no son, en el fondo, tan esenciales como parecen las diferencias entre la melodía gregoriana y la de la canción popular; y me fundo en que aquellas diferencias no impiden que la melodía gregoriana presuma de las mismas características señaladas antes como distintivo de lo genuinamente popular.

Bien podemos decir de ella que gustó siempre porque en todo tiempo hizo las delicias de las almas piadosas en la plegaria colectiva de los fieles.

El canto gregoriano expresa con espontaneidad tan absoluta el sentimiento piadoso que llega a ser un sello distintivo de las razas. Las variantes melódicas, más o menos numerosas que según el parecer de los gregorianistas pueden corresponder a costumbres locales, muestran elocuentemente que los pueblos imprimían en cada melodía el sello peculiar de su

alma. Así como se ha encontrado una notación gregoriana exclusivamente catalana, parece muy probable que una diferencia racial no sólo afectara la notación sino que sellara la melodía con el troquel de Cataluña.

El canto gregoriano, en fin, habla un lenguaje sencillito, al alcance de todo el mundo. Si el pueblo de hoy necesita algún entrenamiento para comprenderle, no achaguemos toda la culpa a las diferencias rítmicas de que hablábamos, y atribuyámoslo en gran parte a la carencia de sentimiento religioso en el pueblo. Las almas piadosas lo comprenden al instante.

En un convento de cierta población, cuyo nombre no quiero citar, había dos monjas, maestra la primera de un centenar de novicias y humilde cocinera la segunda. Era la maestra mujer de notable cultura y de alma ciertamente superior; carecía la cocinera de humanas disciplinas, pero era también alma escogida, una verdadera santa. Pues bien, el primer día que el canto gregoriano, bajo el hábito humilde de un sencillito Tantum ergo, se entró por las puertas del convento, la maestra de novicias, aprovechando la propicia ocasión que se le ofrecía para medir la sensibilidad espiritual de sus discípulas, preguntóles aparte si les había gustado el cántico. No satisfecha aún, quiso conocer la impresión que causara en la monja cocinera, y preguntóle asimismo: "¿Qué me dice la hermana, de esta música tan nueva? ¿Le gustó?" Y respondió la otra textualmente: "Me agradó sobremanera, porque es una música que no se detiene en los oídos, va derechamente al interior." Decídme qué sabio podría ~~aprove~~ formular una apreciación más exacta y más profunda.

A modo de complemento de cuanto acabamos de exponer, digamos ahora cuatro palabras acerca de la melodía popular sola, esto es, cuando no se asocia con la poesía.

-11-

Anteriormente apunté la idea de que ~~la~~ mera música no sirve para especificar los pensamientos. Añadiré aquí que la Naturaleza suele confirmarlo, puesto que ordinariamente, lejos de ofrecer modelos de sola música, nos la presenta asociada con otra cualquiera de las bellas artes, alcanzando así una expresión mejor determinada.

Hasta en los bailes populares encontramos la música del brazo de la plástica animada; mas, así y todo, la fuerza expresiva de tales ~~bailes~~ no es en modo alguno tan viva y penetrante como la de las canciones.

Algunas canciones ofrecen pequeños fragmentos sin letra, ora vocalizados a manera de exclamación, ora tarareados: los júbilus del canto gregoriano no son más que la simple continuación de la melodía vocalizando la última letra. Decían los antiguos, para explicar la razón de ser del júbilus gregoriano, que muchas veces era tanto y tan vigoroso el sentimiento, que necesitaban desahogarlo alrgando, mediante un vocaleo, la melodía. Pero es evidente que en todos casos no se trata de música sola, pues la letra, especificando el sentimiento, había situado nuestro espíritu de antemano.

Quizás los hechos referidos dieron origen a la frase que dice: "donde acaba la letra la música empieza"; no tomádola en sentido literal, sino significando que la música es más expresiva que la letra. La frasecilla, según como se entienda, tiene sus peros. Empecemos por averiguar si la música sola puede llevar en sus frágiles alas, un sentimiento. Que lo puede llevar es indiscutible. Mas no lo es tanto que el oyente sepa recibirlo y entenderlo si no se mezcla con la música otro medio de expresión: quiero decir que en materia tan espiritual hay que tener en cuenta el subjetivismo del que escucha; y diéronse casos en que la sola música, informada por un sentimiento de alegría, produjo una tristeza tan amarga que el oyente rom-

pió en llanto...;Y albricias si la música sola se limitase a traer un sentimiento que,es al fin y al cabo,la materia más noble que puede transmitir! Porque hoy,señores,la música sola,ultramoderna,llega con una carga tan pesada!... Yo no sé lo que encierra su monstruoso hatillo! Es un llévalo-todo!...No acertaría a explicarme como un público,aunque esté regularmente entrenado,puede gozar escuchando esa música,si no supiera que algunos oyentes danse por pagados con la belleza de timbres de los instrumentos,otros con la belleza de una ejecución esmerada,y los restantes con la belleza de los ritmos,etc.etc. Porque claro está,cuando el oyente no puede o no quiere profundizar más,pára su atención en ciertas bellezas meramente sensuales y afirma ingenuamente que ha disfrutado.

Decídme,empero,si no causa lástima que se den por satisfechos con bellezas frívolas que son tan sólo goce de los sentidos,música para los oidos. Y así ha de ser,ya que por bien estudiado que tenga el oyente su programa,siempre será difícilísimo que llegue al goce del alma,a la fruición estética escuchando esta música ultramoderna.

La fruición estética es,en su grado supremo,una suerte de quietismo,un hechizo,un arrobamiento. Las potencias no funcionan,gozan; no trabajan buscando objetos o ideas,los ven presentes; por esto sienten el placer estético. Pues bien,aún suponiendo al oyente educado a la perfección,si su entendimiento está inquieto persiguiendo alguna idea,ya porque no se la dieron a tiempo,ya porque no la entendió bien,ese trabajo,ese esfuerzo mental,constituye un obstáculo para alcanzar la estética bienandanza.

Ahora entiendo por qué hasta los grandes maestros quedan estáticos oyendo las canciones populares catalanas. Tal como un enfermo que siente recobrar su vida entre los selváticos perfumes del bosque,así ellos sintieron rejuvenecer su espíritu hastiado,respirando el purísimo

aroma que exhala la música más allegada a la Naturaleza.

Y aquí terminaría mi discurso a no haber dado con una frase de Maragall tan a propósito y tan fecunda que no sé resistir al deseo de comentarla brevemente.

Dice así el excelso poeta: "Nada hay más fuerte que una canción: todo lo vence y ante ella todo se doblega, transforma e ilumina. Sólo es preciso saber arrancarla de muy adentro para que repercuta muy intensamente al exterior. (')

Oisteis, hermanos? Nada hay más fuerte que una canción! La canción posee la plenitud de la inspiración; es fuerte porque en ella todo es substancia y vida. La canción popular es fuerte porque es el espejo de los sentimientos de un pueblo: es el alma de una raza.

Nuestra canción popular no guste de afeites; toma la fisonomía de nuestra tierra: si es suave y hechicera como el mare nostrum, es también áspera y ruda como nuestros montes. Por su esquivez nos recuerda el Montserrat; por su claridad radiante se asemeja al Montseny; y a veces, por su malicia picaresca, nos trae a la memoria las cumbres de Puigmal, pródigas en aguaceros y en leyendas. Pero siempre es fuerte por su misma rusticidad, porque expresa con franqueza, porque habla claro y habla en catalán.

La canción todo lo vence. La canción popular catalana sostuvo una lucha heroica para que se repetasen sus fueros, para reconquistar su sitio de honor, para alternar, como merece, con

(') Maragall usa aquí de un gentilísimo modismo que no acierto a traducir: "Sols cal saberla treure de ebn endintre y saberla cantar ben enfora." Literalmente: "Sólo es preciso saber arrancarla de muy adentro y saber entonarla muy hacia afuera." N. del T.

los lieders de más excelsa inspiración. Luchó y venció por sus propios merecimientos.

La santa fortaleza de la canción popular, santa, por el casto perfume de su encarnación directa en las entrañas, que Dios bendiga, de la madre Naturaleza, barrerá definitivamente de nuestros hogares la espúrea cantata, hija del mal y pervertidora del humano sentir.

Ante la canción popular y gracias a ella, la rigidez aristocrática del arte sabihondo fabricado por una ciencia ampulosa, fría y complicada, pierde su almidonada tiesura, hasta transformarse en verdadero arte, todo simplicidad, todo humildad, todo modestia; porque la canción ilumina la mente del artista y conduce a la par sus sentimientos por veredas de santa humildad.

Ante la canción popular y merced a su tonada la danza exótica, la danza ebria con la venenosa embriaguez de las pasiones, sosiégase eurítmicamente y truécase en gesto noble y franco, ungido por la gracia de la Naturaleza, dulce y férrea, vida del vivir de nuestro pueblo.

Sólo es preciso saber arrancarla de muy adentro. Amigos compositores! Esto reza con nosotros! Saber arrancarla de muy adentro!.... He aquí la gráfica expresión de la sinceridad. O esas palabras nada significan o señalan la necesidad de que nuestra canción, la canción de cada cual, sea fruto natural de gratuita inspiración.

Y cómo arrancaremos de muy adentro nuestra canción si no la grabamos antes en las fibras más recónditas, si no estudiamos profundamente la canción popular, saboreándola a todas horas hasta que como fieles enamorados la soñemos noche y día? Porque no quiero creer que aún quede en nuestra juventud alguno de aquellos que no querían oír hablar de empaparse de buenos modelos y singularmente de canciones, por el pueril temor de perder su personalidad, porque querían ser en sus obras ellos mismos. Pero, ¿es que puede perderse la personalidad?

¿Acaso puede alguien no ser él mismo? ¿No será siempre la obra de arte un calrísimo espejo del alma del artista?

No: esas ilusiones pasaron para no volver. Hoy el gran compositor Mussorgsky, excesivamente desconocido para los catalanes, ha demostrado cómo pueden crearse obras musicales completamente originales y sencillamente extraordinarias con el material melódico y rítmico que presta directamente el pueblo (') Pero no os contentéis con pedirle al pueblo la materialidad, pedidle asimismo la espiritualidad. El sentimiento es la vida del arte. Una obra de arte, si carece de sentimiento, suena como las nueces vacías. La fuerza del sentimiento llega a hacer disculpables los defectos técnicos, porque si bien se mira, cuando éstos son hijos del sentimiento, mejor que defectos técnicos son progresos del arte. En cambio, toda la corrección técnica, si no nació al calor del sentimiento, sabe a cosa muerta.

Nunca os canse saborear las canciones de nuestro pueblo hasta que deis con la sabrosísima médula, hasta que penetréis todo el encanto de su hermosura, toda la emoción de su sentimiento, todo aquello, en fin, que no pueden expresar las humanas palabras, porque es la vibración de nuestro espíritu al contacto de la belleza sublime que esparció Dios por la Naturaleza, para modelo y desesperación de las bellas artes humanas.

Es preciso sentir la canción muy hondamente. Pero Maragall añade: y saber cantarla muy hacia afuera. ¿Para quién va esa chinita? ¿Qué será eso de saber cantarla muy hacia afuera? ¿Soñaba quizás también Maragall en el arte europeo, mundial, universal?

Es imposible! Ya dijimos al comenzar cómo el maestro Nicolau puso los puntos sobre las íes. Y si algún desmemoriado juzgase aún que eso de cantar la canción muy hacia afuera sig-

(') Kurt Schindler- Revista Musical Catalana, nº 153.

nifica que, inspirándose en nuestra canción, no podrá hacerse entender por todo el mundo, le diré: ¿Qué quieres más universal y más particular a la vez que las humanas fisonomías? Catalanes hay en los confines más lejanos: nuestros compatriotas pisaron todas las rutas del universo. ¿Sabes de uno tan sólo que haya debido esconderse por tener cara de catalán?

No: eso de muy afuera es correlativo de muy adentro. La canción sentida íntimamente, esa traspasará las fronteras. Y no hay más.

Dulce madre Cataluña! Bien puedes bendecir a tus hijos, que entonaron tan reciamente la canción de tus entrañas, que la oyó en silencioso pasmo el orbe entero! De muy adentro debió de brotarles! ¿Qué fuego sagrado debe abrasar esa canción de los catalanes para que encienda el alma de un maestro de bien diversa nación y lo convierta en ferviente enamorado y le impela a dar su vida por ella, como holocausto de admiración, y a cantarla, nuevo trovador de Cataluña, en las tierras más remotas?...

Gracias infinitas! Maestro Kurt Schindler. Que Dios os lo pague.

La Música Catalana que hoy, con toda la parentela de sus devotos, viste galas festivas, quisiera manifestaros su fervorosa gratitud con un abrazo fraternal.

Transmitámoselo, hermanos, a través de los mares, y sea su mensajero el aplauso que brotará ahora de vuestro corazón y que yo, por mi parte y en nombre de todos, le ofrezco con toda el alma.

LUIS ROMEU PBRO.